

DISCURSO DÍA DEL MAESTRO

Jáchal, 11 de septiembre de 2020

A los docentes, estudiantes de formación docente y público lector en general.

En este día y en este contexto me permito pensar en dos dimensiones, ambas mediadas por la creciente desigualdad social, económica, cultural y laboral en que vivimos los argentinos.

Necesariamente el tiempo de la pandemia y el de la “normalidad”.

La acelerada circulación del Covid, puso al descubierto la desigualdad y no ha dejado de profundizarla cada día. La caída extraordinaria de la economía, del consumo y la consiguiente pérdida de empleo no serán fáciles de revertir.

Entre los docentes y los alumnos la situación se visibilizó velozmente. La exclusión de vastos sectores sociales afloró rápidamente para interferir de otro modo el sistema educativo (algunos tienen acceso a las TIC: computadoras o teléfonos, otros nada y casi la mitad no tiene conexión a Internet). La realidad se visibiliza en la encuesta nacional que constató el estado de situación: solo la mitad de los alumnos tiene acceso a internet de buena calidad, el 30% no tienen conexión fija, el 27% solo accede por teléfono celular y el 3% no tiene acceso de ningún tipo. Mientras el 53% no cuenta con una computadora liberada para uso educativo. Y vuelta a la desigualdad, el sector que concurre a la educación privada duplica el acceso tecnológico respecto a quienes concurren a la escuela estatal.

Respecto a la falta de insumos tecnológicos recordemos que, a principios de 2020, la SIGEN encontró en un depósito del Correo Argentino de Tortuguitas –empresa del grupo Macri– más de 101 mil netbooks, 3 mil tablets y 2 mil proyectores arrumbados desde 2016 y que debieron entregarse a los programas Escuelas del Futuro, Aprender Conectados (ex Conectar Igualdad), Aulas Digitales y Primaria Digital. TIC que ya en muchos casos, son obsoletas. Situación que da cuenta de lo grave que es implementar políticas que no persiguen el bien común.

Las autoridades del Ministerio Nacional de Educación advirtieron sobre la incidencia de la alta desigualdad de los hogares en el acceso a la tecnología y sobre la posibilidad de una deserción cercana al 10% de alumnos.

Pero los educadores no se rinden, se esfuerzan por mantener el nexo pedagógico, aún con insuficiente formación tecnológica y sabiendo que se corre el riesgo de profundizar la desigualdad. Trabajan improvisando, creando, ensayando la articulación. Además de lidiar con la tecnología, y los formatos adecuados para enviar y recibir tareas en distintas áreas, improvisan cientos de alternativas de llegada y tratan de aprender a interactuar con las realidades familiares que van ocupando un lugar central. Así confirmaron que no todos los padres pueden brindar el apoyo necesario para el proceso educativo, que hay desconexión, falta de atención e intercambio,

que la educación rural sigue siendo, igual que la marginalidad, un escollo difícil. Todo heterogéneo, desarticulado, con poco apoyo institucional y resultados inciertos.

Todas estas desigualdades, se atemperan en la escuela presencial, pero ahora resurgirán con fuerza en el retorno a las aulas (muchos habrán pasado esta cuarentena cumpliendo mínimos pedagógicos o directamente sin hacer nada) **Para muchos el año no se habrá perdido y para otros muchos la promoción no les asegura estar a la altura de las demandas del curso superior. Solo augura el trabajo redoblado de los docentes al regreso a las aulas en medio de la crecida desigualdad. Nunca habrán tenido estudiantes más desiguales.**

Pero tal vez, este tiempo impensado nos pueda ayudar a reflexionar seriamente sobre el derrotero de la educación, además de considerar que la dualidad (presencial /a distancia) puede no estar dissociada y servirnos para mejorar las oportunidades y posibilidades en el proceso educativo “normal” donde está claro que la crisis sanitaria no es la única que impacta en el derecho a aprender.

Es posible que, en este sentido, debamos organizarnos para demandar insumos y conexión (quizás satelital para que llegue a todos) porque en estos tiempos la conectividad y el acceso a las tecnologías ya han dejado de ser una opción, para convertirse en un derecho.

También es una posibilidad que la pandemia se prolongue, como lo plantea más de un científico, ¿y entonces qué hacer?

Por otra parte, ¿este será el último virus conforme al modo relacional de los seres humanos con la naturaleza?

En realidad, se nos ha generado una gran incertidumbre. Vamos tomando conciencia de nuestra fragilidad y de la absoluta insuficiencia de una “ciencia” que, durante los últimos 40 años ha estado al servicio de los intereses de las corporaciones y poco abocada a resolver las problemáticas sociales ¿no?

Tal vez este tiempo de pandemias no sea tan excepcional y los impactos sociales y obviamente sobre nuestra educación sean mayores y menos transitorios de lo que pensamos. Tal vez estemos necesitando repensar, re significar la escuela y como dice Alberto Croce revisar qué enseñamos y cómo lo hacemos para que los estudiantes tengan alguna oportunidad, que de ningún modo será salvarse solos, porque si algo quedó claro en este tiempo es que el individualismo no salva a nadie.

Muchos docentes, aunque no sean mayoría, están golpeados. No le encontraron la vuelta, no recuperaron el diálogo con los estudiantes, no pudieron, no supieron, no quisieron hacerlo o tal vez, nunca lo habían hecho. Este planteo me lleva a pensar que necesitamos revisar el proceso educativo integralmente en la virtualidad y en la presencialidad.

Cuando regresemos a las aulas habrá protocolos nuevos. En algunos países han comenzado a enseñar en espacios abiertos, al aire libre, o con grados desdoblados, o, o

Pero tal vez también sea tiempo de pensar otros formatos. En este tiempo, se usaron plataformas, conversatorios, ida y vuelta con cada estudiante, también cuadernillos...en algunos casos intermediaron otros organismos para acercar el material, en otros se usó la radio, la TV, en fin, aprendimos a optimizar recursos.

Vimos estudiantes que trabajaron con ritmo sostenido, otros que contestan cuando quieren, otros cuando pueden, pero todo el que ha querido, ha podido avanzar.

Por eso pienso que es tiempo de pensar otros contenidos, otras pedagogías y sobre todo una formación que nos ayude a improvisar menos, a evitarnos disgustos, a operar con mayor certeza en contextos críticos, pero también a interactuar mejor en el aula, en la desigualdad y, en ese camino a garantizar el efectivo derecho a la educación.

Sospecho que no hemos sabido aprovechar mejor las TIC en tiempos “normales” para compensar las desigualdades, las inasistencias, las necesidades de más apoyo...

Ahora que tuvimos que pensar mil modelos de producción pedagógica, podríamos estar en mejores condiciones para revisar el modelo escolar que teníamos, tal vez se nos abran una pluralidad de modelos subyacentes que no nos habíamos animado a poner en práctica.

Es urgente pensar y diseñar un modelo de escuela -o varios- con los que se pueda responder ya a los desafíos que tenemos.

Pienso que ha llegado el tiempo también de dar otras batallas más de fondo. Por ejemplo, ¿vamos a seguir haciéndonos cargo de la idea absurda de que la desigualdad se revierte sólo desde la escuela?

No estoy diciendo que no trabajemos firmemente para evitar que la escuela refuerce la desigualdad (cosa que ocurre simplemente cuando algunos aprenden y otros no) digo que las desigualdades tienen origen en la injusticia, la explotación, la exclusión, y la acumulación reforzada con el extractivismo, la apropiación de la tierra, los saqueos organizados por las multinacionales que condenan a las mayorías a la pobreza y la exclusión y que eso es responsabilidad política.

Digo que necesitamos organizarnos socialmente para revertir esa injusticia, y para eso no alcanza con ser solo un buen docente que atempere la desigualdad escolar mientras puertas afuera de la escuela, la fábrica de pobres sigue trabajando más aceleradamente que nosotros.

Es trabajar para revertir la injusticia dentro y fuera de la escuela para aspirar a la paz y a la felicidad que definitivamente todos buscamos.

En el sistema educativo hace años que se viene diciendo que hay trayectorias educativas distintas, que cada estudiante es un ser distinto, único y que atender esa individualidad no es en absoluto caer en el individualismo sino reconocer en cada persona su dimensión histórica, territorial y sociocultural, su identidad, sus potencialidades y posibilidades para brindarles un proceso educativo justo que les permita el pleno desarrollo (Croce).

Las formas implementadas durante la pandemia, han expuesto esta realidad de modo contundente.

Ciertamente debemos repensar que es ser “alumno regular” para considerarlo dentro de la institución educativa, las promociones, la repitencia o recursados, las “materias” fuera de la interdisciplina, etc.

Algunos hablan de año perdido, otros sienten que en este año entendieron que podrían empezar a educar con otras herramientas.

Creo que la pandemia nos dio una oportunidad fáctica de emprender nuevos caminos.

¡¡Ojalá podamos aprovechar lo aprendido cuando salgamos de las angustias del presente!!

Y como no festejar este día que tiene por objeto poner en valor la figura del gran maestro, si por añadidura se hace un reconocimiento a todos los docentes que seguimos educando a pesar de todo.-